

R. J. Walsh

OPERACIÓN MASACRE

Y EL EXPEDIENTE LIVRAGA

con la prueba judicial que conmovió al país



CONTINENTAL SERVICE
BUENOS AIRES

OPERACION MASACRE

Esta es la dramática historia de un hecho real sucedido, no en lejanas tierras o en tiempos remotos, sino a pocos kilómetros de la ciudad de Buenos Aires y en 1956.

La noche del 9 de junio, en efecto, antes de que el levantamiento cívico-militar impulsara al Gobierno Provisional a decretar la ley marcial, una comisión encabezada por el jefe de policía bonaerense, teniente coronel Desiderio Fernández Suárez, arrestó en la localidad de Florida (Provincia de Buenos Aires) a una docena de hombres. La mayoría de los detenidos eran inocentes de todo delito y no estaban comprometidos en el motín. Sin embargo, en la madrugada del 10 se ordenó fusilarlos, cumpliéndose la sentencia en las proximidades de José León Suárez. En esta forma, un basural fue escenario de una de las más hondas tragedias de la vida argentina contemporánea.

Algunos cayeron ametrallados por la espalda. Otros milagrosamente lograron escapar. Este libro nos dice, a través de la aguda pluma del escritor y periodista R. J. Walsh —Premio Municipal de literatura con VARACIONES EN ROJO en 1953— quiénes eran, cómo vivían y qué sucedió, minuto a minuto, en esa noche siniestra.

No es de extrañar que el autor haya merecido a mediados de 1957 un voto de aplauso por el Sindicato Argentino de Prensa a su labor cumplida “con riesgo de su vida, en salvaguardia del honor y la ética del gremio”.

Y en verdad que la tarea de Walsh

(sigue en la otra solapa)

R. J. WALSH

**OPERACION
MASACRE**

**y el
EXPEDIENTE LIVRAGA**

**CONTINENTAL SERVICE
BUENOS AIRES**

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
© by Continental Service, Buenos Aires, 1964

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Talleres Gráficos "Yunque" S. R. L. - Combate de los Pozos 968, Bs. Aires
Abril de 1964

A Enriqueta Muñiz

*A rain of blood has blinded my eyes... and I wander in a land of barren boughs: if I break them they bleed; I wander in a land of dry stones: If I touch them they bleed.
How how can I ever return to the soft quiet seasons?*

T. S. Eliot

PROLOGO DE LA SEGUNDA EDICION

La primera noticia sobre los fusilamientos clandestinos de junio de 1956 me llegó en forma casual, a fines de ese año, en un café de La Plata donde se jugaba al ajedrez, se hablaba más de Keres o Nimzovitch que de Aramburu y Rojas, y la única maniobra militar que gozaba de algún renombre era el ataque a la bayoneta de Schlechter en la apertura siciliana.

En ese mismo lugar, seis meses antes, nos había sorprendido una medianoche el cercano tiroteo con que empezó el asalto al comando de la segunda división y al departamento de policía, en la fracasada revolución de Valle. Recuerdo cómo salimos en tropel, los jugadores de ajedrez, los jugadores de codillo y los parroquianos ocasionales, para ver qué festejo era ese, y cómo a medida que nos acercábamos a la plaza San Martín nos íbamos poniendo más serios y éramos cada vez menos, y al fin cuando crucé la plaza, me ví solo, y cuando entré a la estación de ómnibus ya fuimos de nuevo unos cuantos, inclusive un negrito con uniforme de vigilante que se había parapetado detrás de unas gomas y decía que, revolución o no, a él no le iban a quitar el arma, que era un notable Mauser del año 1901.

Recuerdo que después volví a encontrarme solo, en la oscura calle 54, donde tres cuadras más adelante debía estar mi casa a la que quería llegar y finalmente llegué dos horas más tarde, entre el aroma de los tilos que siempre me ponía nervioso, y esa noche más que otras. Recuerdo la incoercible autonomía de mis piernas, la preferencia que, en cada bocacalle, demostraban por la estación de ómnibus, a la que volvieron por su cuenta dos y tres veces, pero cada vez de más lejos, hasta que la última no tuvieron necesidad de volver porque habíamos cruzado la línea de fuego y estábamos

en mi casa. Mi casa era para que el café y para que los soldados de familiares, porque había soldados en los oficinas y en la vecindad y en los dormitorios, pero principalmente en el hotel, y desde entonces he tomado aversión a las casas que están cerca a un cuartel, un comando o un departamento de policía.

También olvido que, pegado a la persona, al muerto o al conscripto en la calle y ese hombre me dijo: "Tú no lo sabes", sino que dijo: "No me dejen solo, hijo de puta".

Después no quiero recordar más, ni la voz del ladrón en la madrugada anunciendo que dieciocho civiles han sido ejecutados en Lanús, ni la oleada de sangre que trae al país hasta la muerte de Valle. Tengo demasiado para vivir con eso. Valle no me interesa, Perón no me interesa, lo recordaré no me interesa. Puedo volver al ajedrez?

Puedo. Al ajedrez y a la literatura fantástica que los, a los cuentos policiales que escribo, a la novela "seria" que planeo para dentro de algunos años, y a otras cosas que hacen ganarme la vida y que llamo periodismo, aunque no es periodismo. La violencia me ha salpicado las personas, en las ventanas hay agujeros de balas, he visto un coche agujereado y adentro un hombre con los senos al aire, pero es solamente el azar lo que me ha puesto eso ante los ojos. Puedo vivir a cien kilómetros, pudo ocurrir cuando yo no estaba.

Seis meses más tarde, una noche asfixiante de verano, frente a un vaso de cerveza, un hombre me dice:

—Hay un fusilado que vive.

No sé qué es lo que consigue atraerme en esa historia difusa, lejana, erizada de improbabilidades. No sé por qué pido hablar con ese hombre, por qué estoy hablando con Juan Carlos Lárraga.

Pero después sé. Miro esa cara, el agujero en la mejilla, el agujero más grande en la garganta, la boca quebrada y los ojos opacos donde se ha quedado flotando una sonrisa de muerte. Me siento insultado, como me sentí sin saberlo cuando oí aquel grito desgarrador detrás de la persiana.

Lárraga me cuenta su historia increíble, la creo en el acto.

Así nace aquella investigación, este libro. La larga noche del 9 de junio vuelve sobre mí, por segunda vez me saca de "las suaves, tranquilas estaciones". Ahora, durante casi un año

no pensaré en otra cosa, abandonaré mi casa y mi trabajo, me llamaré Francisco Freyre, tendré una cédula falsa con ese nombre, un amigo me prestará una casa en el Tigre, durante dos meses viviré en un helado rancho de Merlo, llevaré conmigo un revólver, y a cada momento las figuras del drama volverán obsesivamente: Livraga bañado en sangre caminando por aquel interminable callejón por donde salió de la muerte, y el otro que se salvó con él disparando por el campo entre las balas, y los que se salvaron sin que él supiera, y los que no se salvaron.

Porque lo que sabe Livraga es que eran unos cuantos y los llevaron a fusilar, que eran como diez y los llevaron, y que él y Giunta estaban vivos. Esa es la historia que le oigo repetir ante el juez, una mañana en que soy el primo de Livraga y por eso puedo entrar en el despacho del juez, donde todo respira discreción y escepticismo, donde el relato suena un poco más absurdo, un grado más tropical, y veo que el juez duda, hasta que la voz de Livraga trepa esa ardua colina detrás de la cual sólo queda el llanto, y hace ademán de desnudarse para que le vean el otro balazo. Entonces estamos todos avergonzados, me parece que el juez se commueve y a mí vuelve a commoverme la desgracia de mi primo.

Esa es la historia que escribo en caliente y de un tirón, para que no me ganen de mano, pero que después se me va arrugando día a día en un bolsillo porque la paseo por todo Buenos Aires y nadie me la quiere publicar, y casi ni enterarse. Es que uno llega a creer en las novelas policiales que ha leído o escrito, y piensa que una historia así, con un muerto que habla, se la van a pelear en las redacciones, piensa que está corriendo una carrera contra el tiempo, que en cualquier momento un diario grande va a mandar una docena de reporteros y fotógrafos como en las películas. En cambio se encuentra con un multitudinario esquive de bulto.

Es cosa de reirse, a siete años de distancia, porque se pueden revisar las colecciones de los diarios, y esta historia no existió ni existe.

Así que ambulo por suburbios cada vez más remotos del periodismo, hasta que al fin recalo en un sótano de Leandro Alem donde se hace una hojita gremial, y encuentro un hombre que se anima. Temblando y sudando, porque él tampoco

es un héroe de película, sino simplemente un hombre que se audita, y eso es más que un héroe de película. Y la historia sale, es un tremolar de hojitas amarillas en los kioscos, sale una luna, mal diagramada, con los títulos cambiados, pero sale. La miro con cariño mientras se estrena en diez millares de manos amistosas.

Pero he tenido más suerte todavía. Desde el principio está conmigo una muchacha que es periodista, se llama Enriqueta Muñiz, se ponea entera. Es difícil hacerle justicia en unas pocas líneas. Simplemente quiero decir que si en algún lugar de este libro escribo "hice", "fui", "descubrí", debe entenderse "hacímos", "fuimos", "descubrimos". Algunas cosas importantes las consiguió ella sola, como los testimonios de los exiliados Troxler, Bonavides, Gavino. En esa época el mundo no se me presentaba como una serie ordenada de garantías y seguridades, sino más bien como todo lo contrario. En Enriqueta Muñiz encontré esa seguridad, valor, inteligencia que me parecían tan rarificados a mí alrededor.

Así que una tarde tomamos el tren a José León Suárez, llevamos una cámara y un planito a lápiz que nos ha hecho Livraga, un minucioso plano de colectivero con las rutas y los pases a nivel, una arboleda marcada y una (x), que es donde fue la cosa. Caminamos como ocho cuadras por un camino pavimentado, en el atardecer, divisamos esa alta y oscura hilera de eucaliptos que al ejecutor Rodríguez Moreno le pareció "un lugar adecuado al efecto", o sea al efecto de quemarlos, y nos encontramos frente a un mar de latas y espejismos. No es el menor de esos espejismos la idea de que un lugar así no puede estar tan tranquilo, tan silencioso y olvidado bajo el sol que se va a poner, sin que nadie vigile la historia prisionera en la basura cortada por la falsa marea de metales muertos que brillan reflexivamente. Pero Enriqueta dice "Aqui fué" y se sienta en la tierra con naturalidad para que le saque una foto de pic-nic, porque en ese momento pasa por el camino un hombre alto y sombrío con un perro grande y sombrío. No sé por qué uno ve esas cosas. Pero aquí fué, y el relato de Livraga corre ahora con más fuerza, aquí el camino, allá la zanja y por todas partes el basural y la noche.

Al día siguiente vamos a ver al otro que se salvó, Miguel Angel Giunta, que nos recibe con un portazo en las narices,

no nos cree cuando le decimos que somos periodistas, nos pide credenciales que no tenemos, y no sé qué le decimos, a través de la mirilla, qué promesa de silencio, qué clave oculta, para que vaya abriendo la puerta de a poco, y vaya saliendo, cosa que le lleva como media hora, y hable, que le lleva mucho más.

Es matador escuchar a Giunta, porque uno tiene la sensación de estar viendo una película que, desde que se rodó aquella noche, gira y gira dentro de su cabeza, sin poder parar nunca. Están todos los detallitos, las caras, los focos, el campo, los menudos ruídos, el frío y el calor, la escapada entre las latas, y el olor a pólvora y a pánico, y uno piensa que cuando termine va a empezar de nuevo, como es seguro que empieza dentro de su cabeza ese continuado eterno, "Así me fusilaron". Pero lo que más aflige es la ofensa que el hombre lleva adentro, cómo está lastimado por ese error que cometieron con él, que es un hombre decente y ni siquiera fue peronista, "y todo el mundo le puede decir quién soy yo". Aunque eso ya no es seguro, porque hay dos Giuntas, éste que habla torrencialmente mientras se pasa la gran película, y otro que a veces se distrae y consigue sonreír y hacer un chiste como antes.

Parece que aquí va a terminar el caso, porque no hay más que contar. Dos sobrevivientes, y los demás están muertos. Uno puede publicar el reportaje a Giunta y volver a aquella partida que dejó suspendida en el café hace un mes. Pero no termina. A último momento Giunta se acuerda de una creencia que él tiene, no de algo que sabe, sino de algo que ha imaginado o que oyó murmurar, y es que hay un tercer hombre que se salvó.

Entretanto la gran divinidad de la picana y las metralletas empieza a tronar desde La Plata. La hojita del reportaje flota en los pasillos de la Jefatura de Policía, y el teniente coronel Fernández Suárez quiere saber qué bochinche es ése. El reportaje no estaba firmado, pero al pie de los originales figuraban mis iniciales. En el diarito trabajaba un periodista con las mismas iniciales, aunque a él le tocaron en otro orden: J. W. R. Una madrugada se despierta para contemplar una interesante concentración de fusiles y otros implementos sanguinarios, y su espíritu experimenta esa gran emoción previa a una verdad por revelarse. Lo sacan en calzoncillos y lo trasladan en un vuelo a La Plata y a la Jefatura, lo sientan en

un sillón y enfrente está sentado el teniente coronel, que le dice, "Y ahora por favor, hágame un reportaje a mí". El periodista aclara que no es a él a quién corresponden esos honores, mientras por lo bajo se acuerda de mi madre.

La rueda sigue girando, hay que ir por esos andurriales en busca del tercer hombre, Horacio di Chiano, que se ha vuelto lombriz y vive bajo tierra. Parece que ya nos conocen en muchas partes, los chicos por lo menos nos siguen, y un día una nena nos para en la calle.

—El señor que ustedes buscan —nos dice—, está en su casa. Les van a decir que no está, pero está.

—¿Y vos sabés por qué venimos?

—Sí, yo sé todo.

Bueno, Casandra.

Nos dicen que no está, pero está, y hay que ir venciendo las barreras protectoras, las cautelosas deidades que custodian a un enterrado vivo, esta pared, esta cara que niega y desconfía. Se pasa del sol de la calle a la sombra del porch, se pide un vaso de agua y se está adentro, en la oscuridad, se pronuncian palabras-ganzúa, hasta que la más oxidada del manojo fuciona, y don Horacio di Chiano sube la escalera tomado de la mano de su mujer, que lo trae como un chico.

Así que son tres.

Al día siguiente llega al periódico una carta anónima y dice que "lograron fugar: Livraga, Giunta y el ex suboficial Gavino".

Así que son cuatro. Y Gavino, dice la carta, "pudo meterse en la embajada de Bolivia y asilarse a aquel país".

En la embajada de Bolivia no encuentro pues a Gavino, pero encuentro a su amigo Torres, que sonríe, cuenta con los dedos, me dice: "Le faltan dos", y me habla de Troxler y Benavídez.

Así que son seis.

Y ya que estamos, ¿no serían siete? Puede ser, me dice Torres, porque había un sargento, con un apellido muy común, algo así, como García o Rodríguez, y nadie sabe qué ha sido de él.

A los dos o tres días vuelvo a ver a Torres y le disparo a quemarropa:

—Rogelio Díaz.

Se le ilumina la cara.

—¿Cómo lo hizo?

Ya no recuerdo como hice. Pero son siete.

Entonces puedo sentarme, porque ya he hablado con sobrevivientes, viudas, huérfanos, conspiradores, asilados, prófugos, delatores presuntos, héroes anónimos. Es el mes de mayo, tengo escrita la mitad de este libro. Otra vez el paseo en busca de alguien que lo publique. Por esa época los hermanos Jacovella han sacado una revista. Hablo con Bruno, después con Túlio. Túlio Jacovella lee el manuscrito, y se ríe, no del manuscrito, sino del lío en que se va a meter, y se mete.

Lo demás es el relato que sigue. Se publicó en "Mayoría", de mayo a julio de 1957. Después hubo apéndices, corolarios, desmentidas y réplicas, que prolongaron esa campaña hasta abril de 1958. Los he suprimido, así como parte de la evidencia que usé entonces y que reemplazo aquí por otra más categórica. Frente a esta nueva evidencia, creo que la polémica queda descartada.

Agradecimientos: al doctor Jorge Doglia, ex jefe de la división judicial de la policía de la provincia, exonerado por sus denuncias sobre este caso; al doctor Máximo von Kotsch, abogado de Juan C. Livraga y Miguel Giunta; a Leónidas Barletta, director del periódico "Propósitos", donde se publicó la denuncia inicial de Livraga; al doctor Cerruti Costa, director del desaparecido periódico "Revolución Nacional", donde aparecieron los primeros reportajes sobre este caso; a Bruno y Túlio Jacovella; al doctor Marcelo Sánchez Sorondo, que publicó la primera edición en libro de este relato; a Edmundo A. Suárez, exonerado de Radio del Estado por darme una fotocopia del libro de locutores de esa emisora, que probaba la hora exacta en que se promulgó la ley marcial; al ex-terrorista llamado "Marcelo", que se arriesgó a traerme información, y poco después fue atrocemente picaneado; al informante anónimo que firmaba "Atilas"; a la anónima Cassandra, que sabía todo; a los sobrevivientes y los familiares de las víctimas.

puede considerarse a la altura de los grandes reportajes periodísticos de nuestro tiempo por lo completo de su información y por la ágil plasticidad del relato. Durante muchos meses, pacientemente, y en medio de las dificultades que son imaginables, teniendo que vencer incluso el temor de muchos protagonistas, fué reconstruyendo todos los detalles de esos fusilamientos clandestinos. Así pudo localizar, uno tras otro, a los sobrevivientes de la masacre. Habló con algunos de ellos y de otros —ya exiliados— obtuvo declaraciones firmadas. Reunió testimonios y pruebas materiales decisivas y con todos esos elementos escribió una sensacional serie de artículos en la revista **MAJORÍA**, denunciando la matanza y nombrando a los culpables, actitud que le valió ser buscado “extraoficialmente” por la policía bonaerense, obligándolo a publicar una carta en el mismo semanario, amenazando resistir por “todos los medios a su alcance” cualquier amago de detención ilegal en el momento y lugar que se produjera. Desde entonces no fué molestado.

Planteado el caso ante la Justicia, la Suprema Corte, en un fallo que el autor califica de “oprobioso”, lo desvió hacia la jurisdicción militar, que nunca castigó a los culpables. Después de publicarse la primera edición de este libro, Walsh obtuvo la fotocopia del expediente judicial que prueba, una por una, sus acusaciones. Esa evidencia definitiva se incorpora a esta nueva edición que, en consecuencia, no es ya un libro de polémica, sino un irrefutable aporte a la historia del período llamado Revolución Libertadora.